

Mestizos o indios puros? El Valle Calchaquí y los primeros antropólogos*

Lorena B. Rodríguez**

Resumen

El objetivo de este trabajo es analizar la forma en que la noción de mestizaje -en estrecha vinculación a la construcción de “lo” indígena- fue utilizada políticamente en el período de consolidación de la nación argentina. Centraremos la mirada en algunas producciones académicas realizadas sobre el valle Calchaquí pues las mismas, en una escala micro, nos muestran fluctuaciones de significados y modelos de nacionalidad similares a los que encontramos en una escala nacional. Nos interesa, finalmente, ejemplificar con este caso el rol que las ciencias sociales -particularmente antropología e historia- jugaron en el proceso de construcción y consolidación de la nación.

Palabras clave: *Mestizaje; Indígenas; Nación; Ciencia; Política; Valle Calchaquí.*

Abstract

The aim of this work is to analyse the way that mestizaje notion –tightly linked to the construction of the native- was politically used during the period of argentina nation consolidation. We will focus in some academic productions made on Calchaqui valley because, on a small scale, they show us the same meaning fluctuations and nationality models found on a national scale. From this case, we are interested in showing the role played by social sciences –particularly anthropology and history- in the nation building and consolidation.

Key words: *Mestizaje; Natives; Nation; Science; Politic; Calchaquí Valley.*

Fecha de recepción: Septiembre 2007 • Fecha de aprobación: Febrero 2008

* Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el Simposio “La antropología argentina en el contexto histórico internacional de las ciencias sociales: pasado y presente” que se desarrolló en el VIII Congreso de Antropología Social durante el mes de septiembre de 2006 en la ciudad de Salta.

** Docente UBA, FFyL, Depto. Antropología y becaria CONICET. E-mail: lbrodri@filo.uba.ar.

Introducción

“América latina es cada vez más, por fortuna, un continente mestizo, culturalmente hablando. Este mestizaje ha sido mucho más lento en los países andinos, desde luego, que, digamos, en México o en Paraguay, pero ha avanzado de todos modos al extremo de que hablar de ‘indios puros’ o ‘blancos puro’ es una falacia.”
(Vargas Llosa, 2006)

A propósito de la elección y asunción de Evo Morales como Presidente de Bolivia, Mario Vargas Llosa escribió una nota en el Diario *La Nación* en la que denunciaba a Morales por no ser “propriadamente hablando” un indio; siendo, en cambio, el “emblemático criollo latinoamericano”¹. De esa nota me interesa destacar sólo un aspecto que se relaciona con la cita que encabeza este trabajo, el del mestizaje. La expresión “por fortuna” quedó repicando en mis oídos y disparó una serie de preguntas que impulsaron la reflexión y escritura de las palabras que siguen. ¿Qué significaba para Vargas Llosa “un continente mestizo”? más importante aún ¿por qué era una fortuna que el continente estuviera inevitablemente avanzando hacia el mestizaje? Estas preguntas adquirirían relevancia en especial cuando, si bien el escritor señalaba lo falaz que es pretender “indios puros”, le recriminaba a don Evo justamente el no serlo.

En la historia latinoamericana, particularmente en los momentos de construcción de los estados-nación, la noción de mestizaje ha sido usada políticamente con mucha frecuencia para justificar la hegemonía de las minorías letradas criollas e imponer un orden nacional *ficticiamente* homogéneo. Remarco la palabra ficticiamente porque si bien a lo largo del siglo XIX se aplicaron políticas de ciudadanización de los indígenas que llevaron a borrar imaginariamente a estas poblaciones --aunque no a incorporarlas efectivamente a la nación (Quijada 2001, 2004)-- también se realizaron operaciones que tendieron a la marcación de los mismos como “otros internos” (Briones, 1998) y distintos mecanismos que cimentaron la construcción de la diferencia y la subalternidad (Boccaro, 2003 a y b). La tensión que aparecía en el artículo de Vargas Llosa entre propugnar un mestizaje inevitable y reclamar la presencia de indios puros no es nueva en nuestros países.

Pero volviendo al tema de los usos políticos del mestizaje, muchas naciones latinoamericanas construyeron la “comunidad imaginada”² en torno a un discurso que patrocinaba la mezcla armónica de las virtudes de los conquistadores y de los indígenas. La categoría de mestizo y el fenómeno mismo del mestizaje -que en épocas coloniales habían adquirido connotaciones peyorativas³- fueron cargados con nuevos significados, esta vez positivos y

1. “Tampoco el señor Evo Morales es un indio, propriadamente hablando, aunque naciera en una familia indígena muy pobre y fuera de niño pastor de llamas. Basta oírlo hablar su buen castellano de erres rotundas y sibilantes eses serranas, su astuta modestia (‘me asusta un poco, señores, verme rodeado de tantos periodistas; ustedes perdonen’), sus estudiadas y sabias ambigüedades (‘el capitalismo europeo es bueno, pues, pero el de los Estados Unidos no lo es’) para saber que don Evo es el emblemático criollo latinoamericano, vivo como una ardilla, trepador y latero, y con una vasta experiencia de manipulador de hombres y mujeres, adquirida en su larga trayectoria de dirigente cocalero y miembro de la aristocracia sindical.” (Vargas Llosa, 2006: 1)

2. En los términos propuestos en el ya clásico trabajo de Benedict Anderson (1993).

3. “Los mestizos, y los híbridos en general, a causa de la ambivalencia de su status, falsean o confunden la relación identitaria de alter ego, de ahí que generalmente inspiren desconfianza y temor, como ocurre también con los conversos. En ambos casos...la herencia de ‘malas cualidades’ sirve de justificación para excluirlos de los cargos y los honores. Pero en lo que respecta a los mestizos, herederos del paganismo de los indios...la ‘mancha’ de la ilegitimidad contribuye a la baja de su status y a la dificultad de enmarcarlos dentro de un grupo de parentesco.” (Bernard, 2001: 111).

como reflejo de las nuevas nacionalidades. Diversos autores acuerdan en que la nación argentina, en cambio, se construyó a partir de un discurso de homogeneización cuyas bases fueron la raza blanca y la cultura europea. Es importante señalar que el discurso que finalmente se impuso como perfil identitario de la argentinidad no fue unívoco; aún dentro del discurso hegemónico podemos trazar distintas etapas y variantes, en el cual alternativamente y con diversos significados aparece la noción de mestizaje. De hecho, me inclino a pensar que en muchos casos esta noción --explícita o tácitamente incorporada a los discursos de las elites-- fue la que facilitó el pasaje de una nación poblada por indígenas, africanos e inmigrantes europeos a una nación construida sobre una base eminentemente blanca y europea.

El objetivo de este trabajo es, entonces, hacer visible el uso que se hizo de esa noción --en estrecha vinculación a la construcción de "lo" indígena-- en el período en que se consolidaba la nación argentina, pero analizando particularmente algunas producciones académicas para el valle Calchaquí⁴. Las mismas, en una escala micro, nos muestran fluctuaciones de significados y modelos de nacionalidad similares a los que encontramos en una escala nacional: de una raza argentina eminentemente mestiza pasamos a encontrar indios puros o a reivindicar como esencia de lo nacional el aporte de lo hispano. Me interesa, finalmente, ejemplificar con este caso la estrecha vinculación que las ciencias sociales --particularmente antropología e historia-- tuvieron con las elites políticas y el importante rol que jugaron en el proceso de construcción y consolidación de la nación.

Acabamos de señalar que diversos países latinoamericanos construyeron una imagen mestiza de su nacionalidad como sinónimo de la fusión de las mejores cualidades de indígenas y españoles. Acuerdo con Briones en que "diversas ideologías de mestizaje no son en sí intrínsecamente mejores o peores...plantean distintas formas de construir hegemonías culturales que, aunque den en el bronce un papel destacado a lo indígena, no implican por ello un tratamiento más respetuoso de diversas minorías étnicas" (Briones, 1997: 121). El uso político de la noción de mestizaje en el contexto de consolidación de los estados-nación latinoamericanos nos plantea el tema de cómo las elites criollas pensaron/trataron la cuestión indígena. Veamos algunos casos.

El intelectual Franz Tamayo, a principios del siglo XX, contribuyó a erigir la bolivianidad a través de la construcción de un "mestizaje ideal" que hacía referencia no a una realidad concreta sino a un proceso no terminado que, eventualmente, llevaría a la consolidación de una tangible identidad nacional. Según Sanjinés (2002, 2005), la metáfora del mestizaje ideal de Tamayo escondía su deseo de ver desaparecer, a través de la continua mezcla, a los indígenas. Serían los mestizos-criollos quienes finalmente occidentalizarían a los indígenas y así se terminaría de consolidar la identidad nacional. Como puede observarse, la utilización de dicha metáfora poco o nada tenía que ver con el respeto a las poblaciones nativas.

4. Mi interés en esta zona, ubicada en el llamado Noroeste argentino (en adelante NOA), se basa en que ha sido objeto de análisis de mi tesis doctoral cuyo objetivo fue abordar el proceso de reconfiguración socio-económica y étnica del valle en el período que se extiende entre la finalización de las guerras calchaquíes (1665) y los últimos años del período colonial (Rodríguez, 2007). Actualmente, y continuando con la investigación señalada, me he propuesto analizar las transformaciones socio-económicas, político-jurídicas e identitarias de las poblaciones indígenas de esta zona en el marco del proceso de conformación y consolidación del estado nacional y los estados provinciales a lo largo del siglo XIX.

Otro caso conocido, es el de la nación mexicana que se edificó -entre otras cosas- en torno a la “La Raza Cósmica” de José Vasconcelos (1926). Este autor estableció la existencia en América de una diversidad de razas que, a través de fusiones continuas, darían origen a una nueva raza -la cósmica- que permitiría la superación de todas las demás⁵. No entraré en detalles respecto de la obra de Vasconcelos; sin embargo, me parecen interesantes las observaciones que al respecto hiciera Mariátegui quien -si bien se pronunciaba por la cuestión del mestizaje- estaba preocupado en realidad por “el problema del indio” en Perú. Transcribo algunos pasajes:

“El porvenir de la América Latina depende, según la mayoría de los pronósticos de ahora, de la suerte del mestizaje (...) El trópico y el mestizo son, en la vehemente profecía de Vasconcelos, la escena y el protagonista de una nueva civilización. Pero la tesis de Vasconcelos que esboza una utopía...en la misma medida en que aspira a predecir el porvenir, suprime e ignora el presente (...) El mestizaje que Vasconcelos exalta no es precisamente la mezcla de las razas española, indígena y africana, operada ya en el Continente, sino la fusión y refusión acrisoladoras, de las cuales nacerá, después de un trabajo secular, la raza cósmica. El mestizo actual, concreto, no es para Vasconcelos el tipo de una nueva raza, de una nueva cultura, sino apenas su promesa (...) El mestizaje es un fenómeno que ha producido una variedad compleja, en vez de resolver una dualidad, la del español y el indio.” (Mariátegui 1928. 314-315).

A la luz de este pasaje de Mariátegui podemos decir que Vasconcelos -al igual que Tamayo- pensaba al mestizaje como una forma ideal, todavía en proceso, y no como una entidad real. Para ambos intelectuales, las metáforas del “mestizaje ideal” o de “la raza cósmica” les permitían superar discursivamente las heterogeneidades y principalmente las desigualdades que sus respectivas naciones conllevaban. Por eso, muy bien señalaba Mariátegui, que aún no se había resuelto la dualidad del español y del indio. Tal como dice Sanjinés, esta metáfora del mestizaje bloqueaba la “diferencia colonial” que aún era vigente y se la escondía bajo el disfraz de la equidad y homogeneidad nacional.

La voz de Mariátegui y la de otros intelectuales peruanos⁶ se elevaban en contra de las ideas de la generación del novecientos, que a través de un discurso historiográfico particular -denominado posteriormente como hispanista- construyeron al Perú como un país mestizo, síntesis de dos tradiciones culturales diferentes en la que finalmente predominaría la tradición portada por los conquistadores europeos. Los hispanistas justificaron entonces la conquista española como único medio de civilizar y evangelizar a los indígenas americanos

5. “El objeto del continente nuevo y antiguo es mucho más importante. Su predestinación, obedece al designio de constituir la cuna de una raza quinta en la que se fundirán todos los pueblos, para reemplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando la Historia. En el suelo de América hallará término la dispersión, allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo, y la superación de todas las estirpes.” (Vasconcelos, 1926: prólogo)

6. Autores de la corriente indigenista como Hildebrando Castro Pozo, Pedro Zulen y Luis Valcárcel, mostraron que el Perú no era una nación sino un país en donde desde la conquista se habían enfrentado la tradición cultural de occidente y la andina en una relación de dominación y subordinación que aún continuaba vigente. Frente a la síntesis propuesta por los hispanistas, el indigenismo -ligado por aquellos años al marxismo peruano de Mariátegui- mostraba el problema a la luz de temáticas como la exclusión y la explotación (Ávila Molero, 2000).

mientras iba cobrando fuerza la independencia como hito fundante de la nacionalidad. En el Perú, al igual que en el otro caso que vimos anteriormente, el hecho de construir la nación a partir de la idea del mestizaje no implicaba un tratamiento respetuoso de las poblaciones indígenas. Muy por el contrario, como señala Flores Galindo, fue una época de absoluta violencia y de cristalización del discurso racista. Así un filósofo y catedrático universitario Alejandro Deustua diría en los años veinte del siglo pasado: el “Perú debe su desgracia a la raza indígena” (Flores Galindo, 1993: 282).

Estos casos que hemos seleccionado arbitrariamente y desarrollado de forma escueta nos muestran por un lado, que la noción de mestizaje como herramienta política esconde algo más que la idea de armoniosa fusión de razas y culturas; por otro, que los intelectuales, el saber, la ciencia han ocupado un rol destacado en el proceso de construcción de las nacionalidades. En este sentido, el famoso binomio de saber-poder planteado por Foucault se instituye como un marco de trabajo ineludible. Este autor ha analizado los mecanismos de poder que operan en la sociedad capitalista. De alguna forma, ha superado interpretaciones clásicas sobre el poder que lo analizaban en términos puramente represivos. El poder, para Foucault, es una relación de fuerzas y por lo tanto está en todas partes, se expresa de variadas formas y atraviesa a los sujetos que no pueden ser considerados independientemente de aquel. En palabras del mismo Foucault:

“...en una sociedad como la nuestra, pero en el fondo en cualquier sociedad, relaciones de poder múltiples atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social; y estas relaciones de poder no pueden disociarse, ni establecerse, ni funcionar sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento del discurso. No hay ejercicio de poder posible sin una cierta economía de los discursos de verdad que funcionen en, y a partir de esta pareja. Estamos sometidos a la producción de la verdad desde el poder y no podemos ejercitar el poder más que a través de la producción de la verdad.”(Foucault, 1994: 139-140).

En síntesis, el poder en términos foucaultianos no sólo se caracteriza por su función represiva sino que también produce saber, crea efectos de verdad. Como veremos a continuación, la relación saber-poder se constituyó en un dispositivo indispensable para imaginar a la nación argentina.

Política y ciencia: La consolidación de un país

Hacia la segunda mitad del siglo XIX comienza el proceso de fortalecimiento de Argentina como nación. El historiador José Luis Romero (1993) propone los años 1862-1880 como un período clave de la historia argentina pues se produce el afianzamiento del orden institucional de la república unificada. En esta fase, los presidentes constitucionales Bartolomé Mitre (1862-1868), Domingo Sarmiento (1868-1874) y Nicolás Avellaneda (1874-1880), se convirtieron en figuras que tendrán una especial influencia en relación a la vida política e intelectual de aquellos años.

Así como en otros países, las elites e instituciones políticas iniciarán la organización y consolidación de los estados-nación intentando sentar las bases de la identidad nacional. La

influencia del romanticismo europeo -que había propugnado que una verdadera nación sólo podía encontrar sus raíces en el pasado- impulsó la preocupación por buscar los orígenes. En ese contexto, nacientes disciplinas como la historia y la antropología comenzaron a ocupar un lugar destacado como instrumentos fundamentales de creación de una conciencia nacional.

Como señala Garbulsky (s/d), Mitre desempeñó un papel fundamental en la configuración de ambos campos disciplinares. Respecto de la historia, fundó la “Junta de Historia y Numismática Americana” cuya actividad se centró en la investigación historiográfica y en la que se nuclearon diversas personalidades de las ciencias sociales. Por aquellos años se realizaron sistemáticamente tareas de recolección de documentos y la publicación de fuentes documentales y trabajos de historia argentina. Mitre será, en parte, el responsable de edificar lo que Chiaramonte (1993) llamó “el mito de los orígenes”. Según este mito, la etapa fundante de la Argentina sería la década que va desde 1810 a 1820; es decir, la que comprendería la “epopeya” de emancipación de la metrópoli. Un relato de ese pasado, centrado en los aspectos políticos y militares, destacando héroes y protagonistas del mismo, configuraría no sólo la imagen que caracterizará a nuestro país como comunidad nacional -rastreadable incluso hasta nuestros días- sino que también determinará el perfil que la disciplina histórica tendrá durante muchos años.

Por su parte, la figura de Sarmiento también fue clave en ese proceso ya que, junto con Mitre, proyectaron un plan educacional que sirvió como mecanismo inicial para difundir esta imagen inventada de la nacionalidad argentina. No obstante, es importante señalar, que será recién en la primera década del siglo XX que el sistema educativo y la historia como asignatura tendrán un rol preponderante como formadores de conciencia nacional. Unos jóvenes historiadores⁷ integrantes de la “nueva escuela histórica”, heredera de la tradición historiográfica impulsada por Mitre, elaboraron una imagen del pasado que finalmente se convirtió en sentido común. El éxito de esta corriente historiográfica se debió, según de Privitellio (2004), a la profesionalización de la disciplina, la vinculación de estos intelectuales con la elite social y política del país y, fundamentalmente, a la preocupación por difundir a un amplio público los resultados de sus investigaciones.

En relación con la antropología, Garbulsky señalaba que también Mitre ejerció cierta influencia en la configuración de la misma como campo disciplinar. Su preocupación por la elaboración de un “Catálogo de las Lenguas Americanas”, sus observaciones en “Las Ruinas de Tihuanaco”, así como sus actividades como gestor de políticas concretas en relación al indígena y las fronteras, sentarán las bases de la antropología académica. Entre 1870 y 1880, coincidiendo con la finalización de las guerras de frontera, se produjo la fundación definitiva de la disciplina. Como señala Arenas (1989-1990), de acuerdo a los cánones positivistas y evolucionistas de la época, la antropología desarrolló temas de antropología física, arqueología y etnografía descriptiva. De acuerdo a la necesidad de aquel momento de crear un colectivo de identificación, el saber antropológico ayudaría a determinar lo que debía integrar o no el patrimonio nacional y de esta forma podría demostrarse que los estadios de barbarie habían sido definitivamente superados (Lenton, 1997).

El nacimiento de la disciplina antropológica coincidía, entonces, con el contexto polí-

7. Nos referimos a Emilio Ravignani, Ricardo Levene, Rómulo Carbia y Diego Luis Molinari. Para ampliar sobre esta corriente historiográfica véase Romero, 1987.

tico del país y los intereses de la clase dirigente; de hecho, muchos investigadores eran además importantes figuras del universo político. Por otra parte, estaba en consonancia con el proceso de expansión europeo y el movimiento museográfico que se instalaba en el viejo continente y que influenciaría plenamente el perfil de la antropología en nuestro país⁸. En síntesis, los deseos de la clase gobernante de crear la nación, la expansión y posterior consolidación de las fronteras norte y sur del país y los materiales colectados en esos territorios por especialistas en la materia (luego depositados en los museos más importantes del país), confluieron para ir delineando el perfil identitario nacional y el de la antropología académica.

En líneas generales hemos observado cómo la institucionalización de disciplinas como la historia y la antropología acompañaron el proceso de consolidación del estado-nación argentino y de formación de una conciencia e identidad nacional. Tanto en una como en la otra el objeto de estudio era el pasado⁹ y el pasado podía ser usado como instrumento básico para alcanzar los objetivos políticos que la elite se había propuesto.

Acerca del ser argentino o de cómo debería serlo

Desde el momento en que comienza a configurarse el perfil definitivo que tendrá la nación argentina podemos rastrear distintos y fluctuantes discursos -aún dentro de lo hegemónico y en breves períodos de tiempo- en torno a cómo era la nacionalidad o, más bien, como debería ser la misma. Por un lado, como señalan Martínez *et al.* (2002), el *ethos* nacional argentino se construyó inicialmente a partir del eje “civilización y barbarie” propugnado por Sarmiento. En este caso, el “indio bárbaro”, culpable del atraso moral y material de la nación debía ser reemplazado definitivamente por la inmigración europea. Como indica Quijada (2001), el hecho de atraer europeos tenía el claro objetivo de mezclar/fundir a la población nativa con algunos elementos exógenos que pudieran llevarla hasta la civilización; esto es, blanquearla en el color y europeizarla en sus costumbres. Paralelamente, la proclama de Juan Bautista Alberdi de “gobernar es poblar” se instaló como paradigma de la época. Este lema escondía la idea de que el territorio argentino se encontraba despoblado. La máxima expresión de este enunciado será la denominada Campaña al Desierto liderada por el General Roca en 1879 que propugnó, entre otras cosas, la exterminación de las poblaciones originarias de Patagonia.

Por otro lado, a medida que transcurrían los años y el movimiento migratorio crecía, comenzaron a generalizarse las críticas en torno al mismo. Hacia 1890 algunos de los extranjeros que se habían instalado en o trasladado a las ciudades, acrecentaron de a poco sus riquezas y comenzaron a ascender en la escala social, amenazando el poder de la clase terrateniente. Asimismo, los inmigrantes, proletarios mayoritariamente, hicieron aparecer

8. La fundación de varios museos y sociedades científicas dieron marco al discurso científico de fines de siglo XIX y principios del XX. Un ejemplo en este sentido es el del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires que fue fundado en 1904. Arenas (1989-1990) señala a este museo como el “lugar mítico de origen” de la disciplina antropológica. Anteriormente se habían fundado el Museo de Historia Natural de Buenos Aires (1862), la Sociedad Científica Argentina (1872), el Instituto Geográfico Argentino (1879) y el Museo de la Plata (1877-1884). Para ampliar sobre este tema ver también Raffino, 1988.

9. En el caso de la disciplina antropológica la relación de la arqueología con el pasado es obvia. En cuanto a la etnografía, si bien estos primeros antropólogos realizaban trabajo de campo en poblaciones indígenas contemporáneas, las consideraban como relictos de antiguas etapas evolutivas ya superadas y, en este sentido, la antropología también estaba preocupada por el pasado.

en el país aquello que en Europa se denominaba la “cuestión social”. Si bien el modelo de economía agrícola en expansión estaba indisolublemente asociado a la inmigración, las elites pronto se vieron en el dilema de tomar una decisión respecto de estas masas. Por esos años comenzó a gestarse una nueva imagen del inmigrante que lo signaba como el destructor de los valores esenciales de la nación. Paralelamente, un sector de la elite inició el proceso de reivindicación como icono del ser nacional de una figura que no siempre había gozado de buena salud: el gaucho. Este personaje, ligado a la vida de campo y las actividades ganaderas, fue opuesto simbólicamente al trabajador inmigrante y así se convirtió en una parte esencial de la argentinidad¹⁰. Como señalan diversos autores (Blache, 2002; Ratier, 1988; Rodríguez Molas, 1982), cuando el gaucho casi había desaparecido como actor social, las clases altas comenzaron la recuperación idealizada del mismo, iniciaron un culto a la “tradicición”, recuperaron su vestimenta y exaltaron la estancia ganadera como espacio mítico del ser nacional.

Hay que señalar que, ya sea biológica o culturalmente, muchos de los gauchos eran mestizos; aún así pudieron convertirse en estatuas de bronce en el panteón nacional. ¿Cómo se produjo este fenómeno? Ratier (1988) indica que las elites utilizaron un mecanismo de racialización y crearon una raza argentina que se encarnó en la figura del gaucho. Esta raza argentina era a-histórica y, por tanto, no podían rastrearse ni sus orígenes, ni sus componentes. Es por eso que Ricardo Rojas escribió sobre el gaucho: “Ha aparecido porque sí, como una fuerza viva de la Naturaleza” (citado en Rodríguez Molas, 1982: 244). El gaucho nacía simbólicamente por generación espontánea.

Pienso, entonces, que la elección del gaucho como antepasado mítico de los argentinos se debió principalmente a dos cuestiones. Por un lado, al estar asociado a las virtudes campestres, le permitió a una parte de la elite oponerse ideológicamente a las masas de inmigrantes y a sus reclamos proletarios. Por otro lado, al ser este personaje un mestizo (en sentido amplio), de carácter ambivalente, de perfil confuso y poco nítido, facilitó la tarea de imaginar una raza argentina desmarcada y en ese sentido permitió borrar -aunque sea discursivamente- las diferencias profundas que aún persistían al interior de la reciente nación.

Mestizos e indios puros: La búsqueda de la esencia nacional en el noroeste argentino

Habíamos dicho que el período de consolidación del estado-nación argentino se había producido en momentos en que se expandían sus fronteras norte y sur. En su mayoría, las expediciones militares a esos confines se realizaron con la participación de expertos y científicos de distintas ramas de la ciencia, inaugurando un período en que el trabajo científico quedaría por mucho tiempo bajo control estatal. El norte argentino se convirtió así en una zona a explorar y en un lugar ideal en el que buscar los orígenes.

Ahora bien, ¿en qué momento había nacido la nación argentina? ¿Quiénes formaban parte de ella? ¿Qué tradiciones reflejaban mejor la idiosincrasia nacional? Las producciones

¹⁰. Si bien la recuperación de la figura gauchesca se inicia en el proceso independentista, es recién a fines de siglo XIX que se producirá la resemantización definitiva. En este proceso tuvo mucha importancia la literatura gauchesca que, aunque inaugura a principios del siglo XIX, adquirirá definitivo prestigio a fines del mismo siglo y gracias a la obra de José Hernández.

académicas realizadas en el valle Calchaquí ayudarían a responder a algunas de estas preguntas. Mezcla de historiadores, etnólogos, folklorólogos y arqueólogos, los viajeros que exploraron el valle Calchaquí a fines del siglo XIX y principios del XX se dedicaron a buscar la esencia de la nacionalidad argentina.

La “raza argentina”: una mezcla colonial

Un poco antes de que se realizaran las expediciones al NOA, Sarmiento había sido muy claro respecto de quiénes formaban parte de la nación. En un trabajo en el que criticaba al historiador Lastarria por ensalzar algunos araucanos, afirmaba que los indígenas, hombres salvajes, no tenían nada que ver con la historia americana:

“Sobre todo, quisiéramos apartar de toda cuestión social americana á los salvajes, por quiénes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia, y para nosotros Colocolo, Lautaro y Caupolicán, no obstante los ropajes civilizados y nobles de que los revistiera Ercilla, no son más que unos indios asquerosos, á quienes habríamos hecho colgar y colgaríamos ahora, si reaparecieran en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla.” (Sarmiento citado en Quiroga [1897] 1923: 80).

Adán Quiroga¹¹, en su famoso libro *Calchaquí*, se opuso categóricamente a los dichos de Sarmiento insistiendo en que las “razas primitivas” formaban parte de “nuestra” historia, “aunque más no fuera porque somos hijos del suelo que ellas habitaran antes que nosotros” ([1897] 1923: 81). Quiroga va incluso más allá de decir que ocupaban el mismo territorio. Insiste en que justamente esas razas han sido las generadoras de los pueblos actuales. Han transmitido su sangre y, a través de ella, todos sus vicios y también virtudes:

“Esa raza, por lo mismo, debe interesarnos, tanto más cuanto que nuestras montañas conservan aún su tradición; y si bien es verdad que el tipo primitivo casi ha desaparecido por completo, también es cierto que nos ha legado sus caracteres étnicos, al transmitirnos su sangre, que corre aún abundosa por nuestras venas, influyendo no solo en nuestro modo de ser, costumbres, hábitos, supersticiones, sino hasta en la propia lengua que hablamos...” ([1897] 1923: 87).

La propuesta de Quiroga es que diversos estudiosos echen luz sobre las razas primitivas porque “apartar al indio de la historia, es desdeñar nuestra tradición y renegar de nuestro nombre de americanos” ([1897] 1923: 83). Además, agrega: “Si nosotros fuéramos una raza que nada tiene de nativa; si nuestra sangre fuera puramente castellana, está bien, muy bien que prescindieramos del hijo de la tierra en toda cuestión social...pero en este sentido son diversas las condiciones de la América Meridional” ([1897] 1923: 82).

Para este autor ese “nosotros”, la “raza argentina” de la que habla, se fue configurando en épocas coloniales a partir de la mezcla de elementos de orígenes indígenas e hispanos:

¹¹. Se doctoró en leyes y en derecho canónico. Fue magistrado, jurista y tuvo una vida política activa en la provincia de Catamarca (aunque era sanjuanino por nacimiento). Su vasta obra –a pesar de una muerte a muy temprana edad– abarca desde poesías hasta ensayos de arqueología, historia, lingüística y folklore.

“...poco a poco pondrían en contacto la raza blanca y la nativa de modo que la fusión ha comenzado en la Colonia (...) la sangre de las familias del Tucumán comienza a correr torrentosa la sangre indígena, y con su base química engendrarse un tipo social nuevo, con caracteres a la vez castellanos e indígenas; y por eso en los hábitos, las costumbres, las prácticas religiosas y políticas, siéntese la influencia directa de la vida nativa, que hasta hoy mismo la civilización no ha podido extirpar...” ([1897] 1923: 355).

Si bien el proceso de mestizaje del que habla Quiroga en la cita precedente es explícito y se observa a partir de él la influencia que la “sangre indígena” habría aportado inevitablemente a la civilización, veremos luego que este aporte es más acotado de lo que a primera vista parece y que el significado de la noción de mestizaje por él utilizada es también bastante particular.

La distopía Calchaquí

Como acabamos de ver, encontramos en Quiroga la idea de una nación mestiza similar a la que señalábamos para otros países latinoamericanos. Es importante indicar, sin embargo, que esta imagen no carece de ambigüedades y contradicciones en relación al aporte de los indígenas a la nación. Por un lado, la contribución de las “razas primitivas” parece circunscribirse al momento en que se desarrollaron las guerras calchaquíes. De allí provendría “nuestro espíritu revoltoso y anarquista...”, el valor y carácter heroico de la “raza argentina”. Por otro lado, realiza una operación que parafraseando a Thurner podríamos denominar “distopía calchaquí”¹². Si bien las ruinas arqueológicas del valle que él describe son magníficas, sólo pueden ser obra de una civilización mucho más adelantada que la de los calchaquíes; quienes habrían sido invasores de la región en épocas pre-coloniales:

“No corresponde, en efecto, lo salvaje de la vida calchaquí que nos pintan los cronistas, a todos esos monumentos, alfarerías y objetos que acusan una civilización mucho más adelantada. Los indios de tiempo de la conquista eran incapaces de hacer nada de todas esas hermosas antigüedades que poseían. Hasta hoy el indio de aquel tiempo, el indio inculto, existe en Tinogasta, Pomán, Belén y Santa María; y, francamente, a pesar del contacto frecuente con gente de la época, estos pobres representantes de la antigua raza no pasan de ser unos infelices, sin dotes intelectuales de ningún género, tan incapaces como sus abuelos, de hacer una construcción o elaborar cualquiera de los antiqüísimos objetos de arte que exhumamos.” ([1897] 1923: 140)

Elabora, de esta forma, una clara distinción entre esos indios más “adelantados” de ese pasado arqueológico y los calchaquíes “incultos” que invadieron el valle posteriormente; quienes, por otra parte, son señalados como los antepasados directos de los “infelices” indios de su presente etnográfico. Es que, según él, entre el indio del presente y el que des-

12. La generación del 1900 proponía para Perú una ruptura entre la imagen de un pasado incaico esplendoroso y un presente indígena que ellos consideraban despreciable. Según Thurner (1996), entonces, en el imaginario criollo se producía la “distopía” entre incas e indígenas y así se incorporaba al imaginario nacional a los incas pero no a los indios.

criben los cronistas no hay diferencias. No han podido, a pesar de los contactos, civilizarse.

Esta distopía que nos presenta Quiroga aparece también en otros autores. Juan Bautista Ambrosetti¹³ realiza una operación similar y distingue a los indígenas del pasado (heroicos, valerosos) de los del presente (supersticiosos, infantiles). Así, al describir las ruinas de Quilmes, hace hablar a un indígena fantasmal que surgiendo de las tumbas dice:

“Fuimos libres como el cóndor que aún describe en el cielo sus majestuosos círculos y como el guanaco que vaga en las altas mesetas desoladas. Luchamos contra la naturaleza inclemente de estas regiones domando los elementos y haciéndolos servir a nuestras necesidades. Defendimos nuestro suelo con valor y heroísmo (...) Fuimos los dueños de este suelo, un pueblo grande y numeroso, guerrero y artista, laborioso y viril, sufrido y tenaz; allí están nuestras fortalezas, nuestras piedras esculpidas, nuestros artefactos de bronce, nuestros trabajos de cerámica...” (Ambrosetti, citado en Cortazar, 1964: 52)

Sin embargo, cuando describe a los indígenas del presente no destaca ningún carácter heroico o valeroso:

“El elemento indio de la población del Valle Calchaquí puede decirse que no tiene fe religiosa (...) El cerebro poco educado, infantil casi, de los indios que me ocupan, demasiado influido por la herencia de sus costumbres primitivas, no podía entrar de lleno en una evolución progresiva hasta poder comprender el ideal religioso sin tropezar en ese camino con los mil obstáculos que le oponía la fuerza regresiva del atavismo de supersticiones que pesaba sobre ellos.” ([1917] 2001: 116).

Por su parte, Samuel Lafone Quevedo¹⁴ también comparte esta imagen dual del indio y en especial la idea de que los calchaquíes no pudieron haber sido los arquitectos de esas hermosas ruinas que ellos admiraban. Mantendrá con Quiroga correspondencia sobre el tópico:

“estos bárbaros [los calchaquíes] eran tan intrusos como los españoles en el valle de Calchaquí (...) Los calchaquinos sin dudas han destruido la primitiva civilización de estos valles (...) Si algo hacían, aprovechaban los conocimientos de las pobres mujeres que robaban a los pobres habitantes anteriores de estos valles.” (Carta de Lafone Quevedo a Quiroga, citada en Quiroga ([1897] 1923: 141).

13. Fue profesor de arqueología americana y director del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Emprendió diversas exploraciones arqueológicas en el país, aunque también realizó estudios históricos, lingüísticos y folklóricos.

14. Aunque nacido en Uruguay, Lafone pasó gran parte de su vida en la provincia de Catamarca. Allí, entre emprendimientos mineros y viajes de exploración, comenzó la tarea de coleccionar datos de arqueológicos, lingüísticos y folklóricos.

Además de lo señalado con respecto a la divergencia entre el pasado arqueológico y el presente etnográfico, la cita de Lafone nos alerta sobre un problema que no es menor. Si los calchaquíes fueron intrusos en el valle, la conquista española no fue ilegítima. De hecho los conquistadores llegaron providencialmente para llevar la civilización a esos remotos parajes y terminar con los “bárbaros” calchaquíes. Se abona, de esta forma, un terreno en la historia para rescatar lo hispano, el legado colonial.

La epopeya de la conquista y el rescate de lo hispano: la desaparición del indio

Una de las características de los trabajos realizados sobre el valle es que dedican mucho espacio a la descripción de las primeras expediciones de los españoles a la zona, la fundación de ciudades y las guerras calchaquíes. En este sentido, la obra de Lafone Quevedo *Londres y Catamarca* (1888)¹⁵ se torna ineludible. La “epopeya de la conquista” se transforma en un momento clave en el que comenzó a forjarse la patria sobre los restos de las poblaciones indígenas vencidas. En la introducción de su obra ya aparece esta idea, que luego se reforzará a lo largo del libro. A modo de ejemplo:

“...con los conocimientos entonces adquiridos me hallé en condiciones de poder escribir algo que siquiera sirviese para despertar el interés en la historia de una Provincia, tan remota, pero tan íntimamente ligada con la epopeya de la conquista, como esta de Catamarca; su suelo fue regado por la primera sangre que derramaron los Españoles en lo que era el Tucumán, y en su jurisdicción se decidió la lucha de cien años contra los Calchaquíes, Indios que tantas veces pusieron en peligro la dominación española en esta parte de nuestra América.” (1888, Introducción pág. VIII).

“En el Alzamiento General, el más terrible de cuantos tuvieron que soportar los de la Colonia Española en el Tucumán (...) vemos figurar a estos Indios en primera línea (...)

El héroe de la jornada fue el famoso Don Jerónimo Luis de Cabrera, nieto del fundador de Córdoba y mas ilustre que su abuelo en todo el Río de la Plata. Lóndres y la Rioja libradas al esforzado general Luis de Cabrera, tuvieron que sostener solas el empuje de todas las tribus aliadas al país de los Diaguitas, y si no cupo á Rioja la misma suerte que á Lóndres, fue porque la mano de Dios intervino; una peste desoladora desbarató las huestes que cercaban la plaza de Todos los Santos, único refugio que les quedaba en todo el país á estos Españoles.” (1888: 203).

Los conquistadores españoles, frente a la bravura de los indios, se convierten en héroes que hasta reciben la ayuda de Dios para vencer a los salvajes. Se plasmará de a poco la tendencia a reforzar los aportes hispánicos a la nacionalidad argentina por sobre los de los indígenas. Como señala Bertoni (2001), una parte de la intelectualidad argentina -frente al imperativo de volver al pasado en busca de la esencia nacional- comenzó a estrechar víncu-

15. El libro es una compilación de varias cartas que Lafone escribió para el diario La Nación entre los años 1883 y 1885, las que --por insistencia y a pedido del general Mitre-- finalmente fueron reunidas en una sola obra.

los con España. Si bien la historiografía de corte patriota había cristalizado la imagen de la metrópoli tiránica, intelectuales locales y algunos españoles residentes en el país alentaron la construcción de una imagen positiva sobre aquella nación. La recuperación y valoración del legado colonial estaba en marcha.

Este rescate era, por otra parte, absolutamente lógico en términos del discurso empleado por la elite intelectual y política del país. Un acuerdo tácito y expreso indicaba que los indígenas estaban condenados a desaparecer. Al menos la ciencia de la época así lo había decretado. Una cita de Salvador Debenedetti hablando de su maestro Ambrosetti es ilustrativa al respecto:

“No fundaba Ambrosetti su nacionalismo sobre resurrecciones de cosas muertas. Lo muerto, muerto está, y sólo puede tener un lugar en los museos (...) Por eso se fue definitivamente una parte del alma indígena y lo poco que de ella queda, se irá, de manera irremediable por el cuesta abajo que la civilización nueva le ha impuesto (...) El indio terminó su cometido el día que por tierra americana cruzó el primer acero templado. A la cultura presente no le corresponde papel que el de asistirle en su hora final, haciéndole soportable su agonía... No habrá contendientes en el reparto de la herencia indígena, la ciencia será su única y universal heredera.” (Debenedetti 1917, citado en Ratier 1988: 33).

El vaciamiento del valle Calchaquí: algunas contradicciones

En el caso del espacio Calchaquí, la idea de la desaparición inexorable del indígena se asoció a otro aspecto relevado por algunos investigadores de la época: el “vaciamiento” del valle. Si bien se reconocía que el mismo había albergado importantes poblaciones aborígenes, pues de hecho los trabajos arqueológicos así lo demostraban, las guerras calchaquíes habían terminado con el problema del indio en la región a fines del siglo XVII. Las luchas armadas y las desnaturalizaciones habían convertido a dicho valle en un lugar en el que finalmente podrían asentarse los españoles. Como dice Trincherro (2000), uno de los pilares de la construcción del estado-nación argentino fue la “territorialidad” y, en este sentido, la creación de un discurso acerca de la “necesidad histórica” de ocupar los espacios sindicados como vacíos se tornaba indispensable.

Uno de los investigadores que más abonó la teoría del vaciamiento fue Adán Quiroga. En su obra *Calchaquí* dice: “... [el valle] después de 1669, es una verdadera Necrópolis vacía.” Esta teoría, analizada en diversos pasajes de la obra, no carece de contradicciones. Tanto en su propio libro como en otros trabajos, aparece la idea de que en el valle Calchaquí pueden encontrarse “indios puros”. ¿Cómo es posible encontrar indios puros en una región en la que habían desaparecido los indios? Una respuesta viable podría encontrarse analizando el período transcurrido entre fines del siglo XVII y el siglo XIX. Sin embargo, ninguno de los autores que escribieron sobre Calchaquí en aquellos años se preocupó por tal temática.

Las referencias a los indios puros de la zona son repetidas. Herman Ten Kate, investigador de origen holandés que dirigió por varios años la sección de antropología del Museo de la Plata, recorrió palmo a palmo el valle Calchaquí. Además de relevar varios sitios de la zona, coleccionar o comprar piezas arqueológicas, también se dedicó a fotografiar y medir a varias personas reputadas o que él mismo reputó como “indios pura sangre”:

“...je me rendis au village indien, d’Amaicha...Je m’étais proposé de mesurer et de photographier quelques habitants de ce village, réputés indiens pur sang, mais je les trouvais tellement méfiants que je n’y réussis point. Ils n’étaient pas disposés à me vendre des objets archéologiques.” (Ten Kate 1893: 336).

“...Les quelques centaines d’habitants de cette triste vallée [San Antonio del Cajón] ... sont pour la plupart des Indiens pur sang (...) Les ‘Coyas’ (sobriquet des Indiens) à San Antonio étaient aussi méfiants à mon égard que ceux d’Amaicha (...) Je pus photographier plusieurs d’entre eux et mesurer six hommes.” (Ten Kate 1893: 336).

Calchaquí, otrora vaciado de las poblaciones originarias, es presentado por Ten Kate como una región remota en la que pueden hallarse indios pura sangre. Aparece la contradicción que señalábamos más arriba. La misma puede encontrarse en el propio trabajo de Quiroga. La siguiente cita es ilustrativa al respecto:

“La fusión de las razas se acentúa día a día más y más. Es inútil buscar ya poblaciones puramente castellanas: el elemento mestizo casi domina en ellas. Poblaciones indígenas puras más bien se encuentran, y hasta el día puede verse en su pureza la raza nativa en los actuales departamentos de Pomán, Tinogasta y Santa María.” ([1897] 1923:356).

A la par que señala la profundización del mestizaje, rotula a Pomán, Tinogasta y Santa María como lugares en los que puede encontrarse la raza nativa pura. Es importante decir que Santa María, ubicada al sur del valle Calchaquí, fue cuna de las poblaciones indígenas que más resistencia ofrecieron a los conquistadores españoles y por tal motivo una de las zonas más afectadas por el proceso de las desnaturalizaciones. En realidad, más que una contradicción, el planteo del autor evidencia una paradoja: una región que había sido supuestamente vaciada de indígenas a fines del siglo XVII se encontraba poblada por indios puros a fines del XIX. Esta paradoja, a su vez, es sintomática del proceso mismo de construcción de la nación. La homogeneidad nacional no es más que una “invención” de las elites letradas que esconde finalmente la heterogeneidad de las poblaciones que la “integran”; pero, al tiempo que borra marcas, necesita crear otros (internos, subalternos) de los cuales poder diferenciarse para legitimarse en el poder. Como ha señalado Coronil (1998; citado en Ramos, 2005), el grupo hegemónico puede construirse como un híbrido pero desmarcado cultural y racialmente que puede aceptar la diferencia (yo agregaría que la promueve), en tanto que el grupo subalterno es híbrido pero por cargar sobre sí la diferencia.

A modo de cierre

El proceso de construcción y consolidación de la nación argentina no fue unilineal. Distintos modelos de nacionalidad e ideas acerca de cómo debería ser la misma convivieron, se rechazaron mutuamente o se fundieron para finalmente delinear un perfil más o menos acabado del ser nacional argentino. La imagen más difundida fue la de una argenti-

na blanca y europeizada. Pienso que la misma pudo imponerse, en parte, gracias al particular uso político que se hizo de la noción de mestizaje, lo que facilitó la tarea de construir ficticiamente una nación homogénea.

En nuestro caso, este uso no fue tan explícito como en otros países latinoamericanos pero, sin dudas, formó parte del ideario de la época. A nivel nacional, por ejemplo, la política sarmientina de promover la inmigración europea al país escondía tras de sí la idea de un mestizaje (biológico y cultural) que permitiría alcanzar la civilización y derrotar definitivamente a la barbarie. Por su parte, la reivindicación posterior de la figura del gaucho como ícono de la nacionalidad es otro ejemplo en el mismo sentido. Este personaje, originalmente mestizo, irá perdiendo con el tiempo sus ropajes indios para convertirse en heredero de la tradición hispana. A nivel más local o micro, también podemos rastrear la aparición de dicha noción. La obra de Quiroga es un claro ejemplo: la “raza argentina” de la que él habla no es otra cosa que la mezcla de indígenas y españoles forjada en épocas coloniales. Es cierto que el análisis de las producciones académicas del caso Calchaquí nos remite a otros problemas que no aparecen a nivel nacional, por ejemplo el del “vaciamiento” del valle. Sin embargo, este aspecto particular y otros que hemos desarrollado, reflejan algunas semejanzas entre el nivel local, el nacional e incluso el latinoamericano en relación a cómo se vinculó la noción de mestizaje y el “problema del indio”.

En primer lugar, la noción de mestizaje fue -implícita o explícitamente- sinónimo de desaparición del indígena. En Argentina -como también en otros países latinoamericanos- el mestizaje sirvió para invisibilizar a las poblaciones indígenas y, en nuestro caso, para elaborar poco a poco, una imagen blanca de la identidad nacional. Si bien esta noción implica la mezcla y el aporte tanto del componente europeo como del indígena, en la práctica observamos que éste último parece ser un ingrediente poco importante que puede eliminarse sin que esto afecte el resultado final de la receta. El mestizaje asociado a la desaparición del indio fue una fórmula que, al menos para el NOA, se repitió incluso hasta hace muy poco tiempo en distintos ámbitos.

En segundo lugar, como el proceso de construcción y consolidación de los estados-nación fue complejo, con múltiples aristas y significados, es posible encontrar contradicciones y paradojas que pueden rastrearse incluso hasta hoy en día. El artículo de Vargas Llosa que encabeza este trabajo es un claro ejemplo. Mientras este autor se “contenta” con el mestizaje inevitable y declara la imposibilidad de hallar indios puros, le hace un reclamo al presidente de Bolivia por su falta de pureza. En el caso argentino se encuentran también estas tensiones. Si bien para algunos de los estudiosos del valle Calchaquí de fines del siglo XIX éste había sido totalmente despoblado de indígenas, era posible para ellos encontrar en la región indios puros. Esta tensión aparece actualmente en la zona. Mientras distintas comunidades indígenas han revitalizado sus identidades étnicas realizando reclamos que años atrás hubieran sido impensados, otras personas alzan la voz para denunciar a esas agrupaciones como inauténticas ya que, según sus argumentos, los indios de la región o bien se extinguieron en el siglo XVII o bien se mestizaron tanto que ya no hay rastros “originales” de ellos. Entiendo que estas tensiones están en sintonía con el proceso de consolidación de los estados-nación. A la vez que las elites criollas construyeron la homogeneidad nacional borrando marcas y escondiendo las desigualdades, necesitaron crear alteridad para diferenciarse, legitimarse y perpetuarse en el poder. El indígena casi extinguido a fuerza de palos o de un mestizaje inevitable reaparece entonces en su estado más puro, el

salvajismo; o bien en su estado más impuro, la inautenticidad. En ambos casos su efectiva incorporación a la nación se torna imposible.

En tercer lugar, las ciencias acompañaron los procesos de construcción y consolidación de los estados modernos. La relación saber-poder fue omnipresente en los mismos creando, como diría Foucault, efectos de verdad que finalmente se instalarían en el imaginario colectivo como algo dado. En el caso argentino, el interés de las elites por encontrar raíces en el pasado que cimentaran la formación de la nación encontró dos aliadas perfectas para llevar a cabo esta tarea: la historia y la antropología. La primera construyó un panteón de héroes de la independencia, resaltando la epopeya de la emancipación y construyendo el mito de orígenes. La segunda rescató del pasado, particularmente a través del folklore, las tradiciones indígenas e hispanas, aunque como señala de Jong (2005), de manera jerarquizada (a favor, claro, de lo hispánico). Lo indígena se asoció a los restos arqueológicos, a un pasado tan remoto que de él no podían encontrarse supervivencias pues de hecho los indígenas -en tanto receptores pasivos- o bien no habían influenciado a la cultura criolla o bien habían desaparecido. Lentamente, se realizó el rescate de España y del legado colonial. De esta forma, ambas ciencias, construyeron un pasado asentado en el heroísmo de los criollos durante las luchas de la independencia pero, a la vez, quedaba claro que la nación hundía sus raíces en épocas más profundas, la colonia. Lo que parecía irreconciliable se reconciliaba imaginariamente.

En síntesis, las elites políticas asociadas a las elites intelectuales se dieron a la tarea de construir una nación. Esta construcción no fue unilineal sino un sinuoso camino en el que se echó mano a una serie de elementos diversos y en el que se disputaron distintas versiones de cómo debería ser “nuestra” identidad. Algunos autores han señalado que el estado-nación argentino construyó su homogeneidad sobre la idea de un territorio nacional preexistente que fundiría dentro de sus límites a diversos sujetos para convertirlos en argentinos inexorablemente blanqueados en su color y europeizados en sus costumbres. Sin descartar esta opción, pienso que el uso político que se hizo de la noción de mestizaje pudo haber contribuido en el sentido señalado. El mestizaje no se constituyó en el icono de la nacionalidad argentina pero, en algunos casos, fue un hilo conductor que permitió superar discursivamente las heterogeneidades para elaborar una imagen homogénea de la nación en la que paulatinamente los indígenas irían desapareciendo aunque, paradójicamente, sus marcas si hicieran más y más evidentes. Esta misma tensión, como ya hemos remarcado, puede rastrearse hasta hoy en día y como señala Boccara, “...no es casualidad si reaparecen, en el contexto actual de pan-indianismo y de globalización, entidades étnicas que muchos pensaban desaparecidas para siempre” (2002: 72) es, más bien, un resultado inesperado del proceso contradictorio de fundación de los estados-nación. Pero, claro, este tema es reflexión de otro artículo.

Bibliografía

Ambrosetti, Juan Bautista

([1917] 2001). *Supersticiones y leyendas*. Buenos Aires: Memoria Argentina Emecé.

Anderson, Benedict

1993. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

Arenas, Patricia

1989-1990. "La antropología en la Argentina a fines del siglo XIX y principios del siglo XX". En: *RUNA* Vol XIX. Buenos Aires: Instituto Ciencias Antropológicas, FFyL, UBA.

Ávila Molero, Javier

2000. "Entre archivos y trabajo de campo: la etnohistoria en el Perú". En: C. Degregori (Ed), *No Hay país más diverso. Compendio de Antropología Peruana*. Lima: IEP, PUCP, Universidad del Pacífico.

Bernand, Carmen

2001. "Mestizos, mulatos y ladinos en Hispanoamérica: un enfoque antropológico de un proceso histórico" En: M. L. Portilla (Coord), *Motivos de la Antropología Americanista*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.

Bertoni, Lilia Ana

2001. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Blache, Marta

2002. "Folklore y nacionalismo en la Argentina: su vinculación de origen y su desvinculación actual" En: S.Visacovsky y R. Guber (Comps), *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.

Boccaro, Guillaume

2003a. "Fronteras, Mestizaje y Etnogénesis en las Américas". En: R. Mandrini y C. Paz (Comps), *Las fronteras hispano criollas del mundo indígena latinoamericano de los siglos XVIII-XIX*. Copenhague: Editorial Instituto de Estudios Históricos Sociales, Universidad Nacional del Sur.

Boccaro, Guillaume

2003b. "Rethinking the margins/Thinking from the margins: culture, power and place on the frontiers of the new world. En: *Identities* n°10. Paris : Centre National de la Recherche Scientifique.

Boccara, Guillaume

2002. “Colonización, resistencia y etnogénesis en las fronteras americanas” En: G. Boccara (Ed), *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (siglos XVI-XX)*. Lima – Quito: IFEA – Ediciones Abya-Yala.

Briones, Claudia

1998. *La alteridad en el cuarto mundo. Una construcción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.

Briones, Claudia

1997. “Términos confusos, procesos complejos: etnicización, racialización de la aboriginalidad” En: *Actas de las Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata*. Tomo 4. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.

Cortazar, Augusto

1964. *Andanzas de un folklorista*. Buenos Aires: EUDEBA.

Chiaramonte, José Carlos

1993. *El mito de los orígenes en la historiografía Latinoamericana*. Buenos Aires: Instituto Ravignani, FFyL, UBA.

de Privitellio, Luciano

2004. “Los textos de Historia: el relato del pasado”. En: L. A. Romero (Coord), *La Argentina en la escuela: la idea de nación en los textos escolares*. Buenos Aires Siglo XXI editores.

de Jong, Ingrid

2005. “Entre indios e inmigrantes: el pensamiento nacionalista y los precursores del folklore en la antropología argentina del cambio de siglo (XIX-XX)”. En: *Revista de Indias*, Vol LXXV, n° 234, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Flores Galindo, Alberto

1993. *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*. México D.F: Editorial Grijalbo.

Foucault, Michel

1994. *Microfísica del poder*. Barcelona: Planeta-Agostini.

Garbulsky, Edgardo

(s/a). “La antropología argentina en su historia y perspectivas. El tratamiento de la diversidad, desde la negación/omisión a la opción emancipadora”. En: <http://www.colegioantropologos.cl/documentos/La-antropologia-argentina.htm>.

Garbulsky, Edgardo

1991-1992. “La antropología social en la Argentina”. En: *RUNA* Vol XX, Buenos Aires: Instituto Ciencias Antropológicas, FFyL, UBA.

Lafone Quevedo, Samuel

1888. *Londres y Catamarca. Cartas a "La Nación" – 1883-84 y 85*. Con apéndices y un mapa histórico. Buenos Aires: Imprenta y Librería Mayo.

Lenton, Diana

1997. "Los indígenas y el Congreso de la nación Argentina: 1880-1976". En: *Noticias de Antropología y Arqueología*, n°13. Buenos Aires: NAYA, CdRom.

Mariátegui, José Carlos

1928. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México D.F.: Ediciones Quinto Sol.

Martínez, José Luis et al.

2002. "Construyendo identidades desde el poder: los indios en los discursos republicanos de inicios del siglo XIX." En: G. Boccara (Ed), *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (siglos XVI-XX)*. Lima – Quito: IFEA – Ediciones Abya-Yala.

Quijada, Mónica

2001. "El paradigma de la homogeneidad". En: M. Quijada, C. Bernand y A. Schneider (Eds), *Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Quijada, Mónica

2004. "De mitos nacionales, definiciones cívicas y clasificaciones grupales. Los indígenas en la construcción nacional argentina, siglos XIX a XXI". En: W. Ansaldi (Coord), *Calidoscopio latinoamericano. Imágenes históricas para un debate vigente*. Buenos Aires: Ariel.

Quiroga, Adán

([1897] 1923). *Calchaquí*. Buenos Aires: Rosso y Cía impresores.

Raffino, Rodolfo

1988. *Poblaciones indígenas en Argentina. Urbanismo y proceso social precolombino*. Buenos Aires: Tipográfica Editora Argentina.

Ramos, Ana

2004. "Otros internos, historias y liderazgos. Los usos de la marcación cultural entre los mapuches de Colonia Cushamen". En: *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* Número 4. Disponible sur: <http://nuevomundo.revues.org/document445.html>

Ratier, Hugo

1988. "Indios, gauchos, y migrantes internos en la conformación de nuestro patrimonio social". En: *Índice*, n°1, segunda época, Buenos Aires: Centro de Estudios Sociales, DAIA.

Rodríguez, Lorena

2007. Después de las desnaturalizaciones. Reconfiguraciones socio-económicas y étnicas en el valle de Santa María (fines del siglo XVII – fines del XVIII). Tesis de Doctorado, Mimeo. Buenos Aires: UBA.

Rodríguez Molas, Ricardo

1982. *Historia social del gaucho*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Romero, José Luis

1993. *Breve historia de la Argentina*. Buenos Aires: Brama Huemul.

Romero, José Luis

1987. *Las ideas en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Biblioteca Actual.

Sanjinés, Javier

2005. *El espejismo del mestizaje*. La Paz: Fundación PIEB, IFEA, Embajada de Francia en Bolivia.

Sanjinés, Javier

2002. “Mestizaje Apside Down. Subaltern Knowledges and the Known”. En: *Nepantla: Views from the South* Vol 3, número 1, Durham : Duke University Press.

Ten Kate, Herman

1893. “Rapport sommaire sur une excursion archéologique dans les provinces de Catamarca, de Tucumán et de Salta”. En: *Revista del Museo de La Plata* Tomo V, La Plata: Universidad Nacional de la Plata.

Turner, Mark

1996. “‘Republicanos’ y ‘la comunidad de peruanos’: comunidades políticas inimaginadas en el Perú postcolonial”. *Revista Histórica*. Vol XX, n°1, Lima: PUCP.

Trinchero, Hugo

2000. *Los dominios del demonio. Civilización y barbarie en las fronteras de la Nación*. Buenos Aires: EUDEBA.

Vargas Llosa, Mario

2006. “Asoma en la región un nuevo racismo: indios contra blancos”. En: *Diario La Nación*, Sección Opinión, Buenos Aires, 20 de enero de 2006.

Vasconcelos, José

1926. *La Raza Cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viajes a la América del Sur*. Barcelona: Agencia Mundial de Librería. Versión electrónica disponible en: www.filosofia.org